

Precio en Madrid, por un año. 40 rs.
Id. en provincia enviándose por el correo. 50.

Paris: librería española de Mellado, rue de Provence, núm. 12.
REDACCION, C. DE STA. TERESA, N. 8, MADRID.

En ultramar y el extranjero, fijan el precio los comisionados.
Se suscribe en casa de los corresponsales del Establ. de Mellado.

SUMARIO.

ARTICULOS. Antigüedades de Roma.—El pequeño Narciso.—Variedades.—El palacio de cristal.—Beltran y Santiago.—Tomás Moore, poeta inglés.—Estadística. Bibliografía. (Conclusion.)
GRABADOS. Vista de la Via Appia.—Los vicios, alegorías de costumbres; el juego, el vino, el amor, el tabaco.

Antigüedades de Roma.

ESCAVACIONES DE LA VIA APPIA EN 1850 Y 1851.

1.

El recuerdo de la via Appia, reina de las vias antiguas, *Regina viarum*, se ha conservado hasta nuestros días, asociado a los hechos mas grandes de la historia romana que han quedado grabados en la memoria de los pueblos.

La via Appia comenzaba en la region undécima de la ciudad, junto al circo Máximo; seguía todo a lo largo del valle de Egeria, llegaba al campo en donde combatieron los Horacios, y luego atravesando el Lacio, las lagunas Pontinas, la Campania y la Apulia, iba a concluir en el litoral de Brindis; fué la carretera de Oriente.

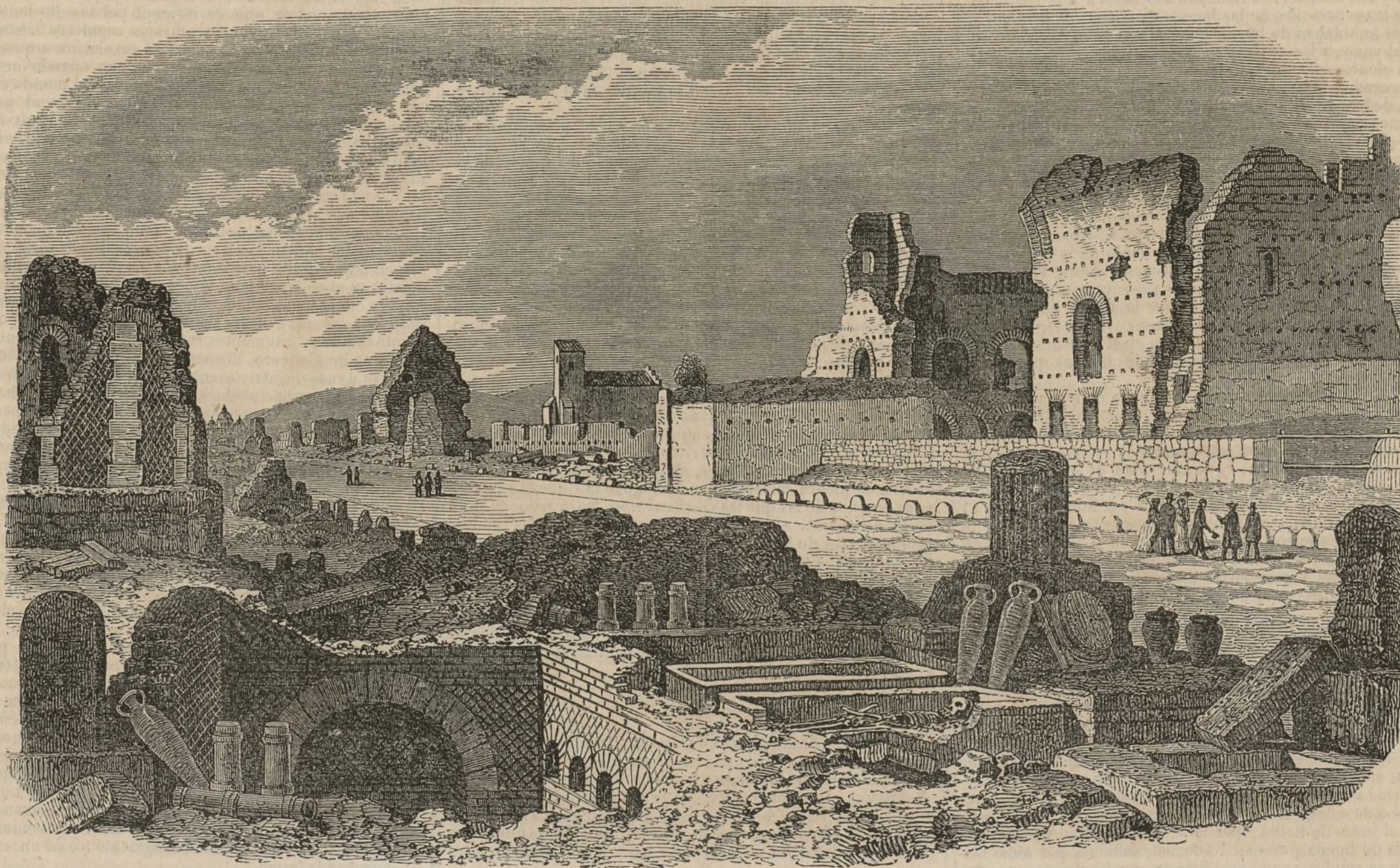
La via Appia ha sido siempre considerada como una de las creaciones mas prodigiosas del arte. La historia consigna que jamás sirvió de camino de invasion a los barbaros. La piedad patricia y plebea se complació en construir en ella los sepulcros de sus muertos, y hasta las tradiciones cristianas establecen que en las catacumbas de sus inmediaciones fué en donde el cristianismo perseguido formó los sepulcros para sus mártires y buscó un asilo para su culto.

Decretada durante uno de los mas bellos periodos de la republica, el año 442 de la fundacion de Roma, la via Appia fué emprendida inmediatamente bajo la direccion de dos censores, *Appius Claudius Cæcus*, cuyo nombre la fué impuesto, y *Caius Plantius Venox*. Proseguida sin interrupcion hasta las puertas de Capua, quedó Appio como censor unico, hizo su inauguracion, y este primer trozo de 142 millas (56 leguas próximamente), quedó abierto a la circulacion.

En una época y magistratura ignorada, la via se prolongó

hasta Brindis, y Cayo Graco, el segundo de los dos hermanos, la completó, haciendo colocar en ella las piedras milliaris y guardacantones. Hacia el mismo tiempo los ricos y los magnates comenzaron a elegirla para sitio de su sepultura, y aquella fué la era de su mayor esplendor.

En el siglo VI del cristianismo y noveno de su construccion, Procopio, historiador de las Galias, que acababa de recorrerla, aseguraba que su estado de conservacion era asombroso, atendida su antigüedad y el continuo tránsito de hombres; pero despues de este testimonio, los autores guardan silencio acerca de la via de Appius. Y la razon es, porque a contar desde las guerras referidas por Procopio, la incuria de los gobiernos y el vandalismo de los gobernados; unido a la accion destructora de los años y a las invasiones del terreno, aceleraron la decadencia de esa magnífica obra y produjeron su ruina total. Los artistas y sabios que han visitado la campaña de Roma han visto con sentimiento lo que resta transitable en esa obra maestra, y sin embargo, aquella parte de la via tan próxima a la ciudad fué incontestablemente la que habia sido construida con mayor solidez y la menos frecuentada. ¿Qué es lo que queda?... dos largas hileras de escombros informes y algunos fragmentos del enlosado; pero el hundimiento del terreno entre aquellas dos lineas de ruinas, anun-



Vista de la Via Appia.

ciaba que allí había existido un camino abandonado ya hacia mucho tiempo.

M. Jacobini, hombre de inteligencia y de probidad suma, siendo ministro de las bellas artes y trabajos públicos en los Estados Romanos, resolvió desde su elevación al poder hacer en la vía Appia lo único que era posible, es decir, una exploración de estudio, y extraer los escombros para desembarazar el terreno. Aprobado su pensamiento por el secretario de Estado y por Pio IX, se puso sin demora en ejecución. La primera campaña se abrió en el mes de diciembre de 1830, y concluyó el 30 de mayo de 1831; el término medio de trabajadores empleados asciende a ciento cincuenta por día; la porción de camino explotada se extiende a una longitud de 5 kilómetros próximamente (poco más de media legua), sobre una profundidad de metro y medio y una anchura de 22. El gasto total, tanto de la excavación como de nivelación del terreno y demás trabajos necesarios, ascendió a cerca de 4,000 escudos romanos.

La segunda campaña o segundo período de los trabajos, fué de 1831 a 1832; los pormenores que seguirán, espondrán a nuestros lectores los resultados obtenidos en las excavaciones practicadas, y les harán conocer la utilidad de continuárlas, aunque no sea más que bajo el punto de vista pintoresco. Todo lo que se refiere a esta construcción primitiva es muy importante para la historia y la cronología del arte.

La vía Appia, en otro orden de hechos, marca la época precisa del desarrollo exterior del poder y de la política romana, todo lo que puede recordar un incidente, suministrar un nombre y aclarar un uso civil o religioso, se enlaza con ese desarrollo que fué la suma de toda una civilización, y por consiguiente es también muy útil para la historia y la cronología de los pueblos y de la civilización moderna.

II.

La primera de estas aserciones nos parece que encontrará poca contradicción; ¿sucederá lo mismo con la segunda, que comprende aclaraciones de que no nos atrevemos a dejarnos llevar? Nuestra época no es aficionada a polémicas de literatura retrospectiva, y ahora más que nunca son exactas las palabras del Evangelio: «A cada día basta su mal.» Las peripecias diarias de la política, del parlamento o de la población, absorben todas las preocupaciones. Hablar de historia antigua en estos momentos, sería en cierto modo esponerse a un andronismo, y procuraremos no cometerle. Sin embargo, hay una especialidad política de la antigua Roma que debemos evocar, con tanta más razón, cuando que revela el motivo gubernamental de la construcción de la vía Appia.

El carácter permanente de la política romana fué su *confianza en la fortuna y en el porvenir de la ciudad*, confianza que la hacía prever los sucesos lejanos y prepararse para todas las circunstancias. La historia acredita que rara vez la faltaron esa previsión y preparación anticipadas a los acontecimientos; y si cuando la agresión de Pirro o el paso de los Alpes por Aníbal se vió sorprendida, aquella sorpresa, en último resultado, no hizo más que poner en evidencia la *confianza en la fortuna y en el porvenir de la ciudad*, que acabamos de señalar como su carácter permanente.

La creación de la vía Appia fué a un mismo tiempo un acto de esa fe en sus destinos y una combinación de esa previsión. Todos los autores la asignan por fecha la primera mitad del siglo quinto de la ciudad. Pues bien, ¿a qué altura había llegado en aquella época el poder del Senado y pueblo romano?

La dominación de Roma se veía aceptada desde el Rubicón a Parthenope; Volturnum al Norte y Cápua al Mediodía, formaban sus límites militares. Los dos Latium, la Etruria, la Umbria y el Picenum, se hallaban asociados a sus destinos, y desde las repúblicas de las horcas Caudinas, el Brutium y la Apulia temblaban de horror y de cólera, pero doblaban su cerviz al yugo, y las guerras sociales estaban, si no terminadas, al menos suspendidas.

Asegurados de este modo los alrededores, había llegado la hora de lanzar las aguijas, por un lado sobre los Alpes y por el otro sobre la Sicilia, y aun más allá. Los padres conscriptos debieron agitar en la Curia las medidas que reclamaba la nueva fase en que acababa de entrar la república, y como es bien sabido, una de las primeras que se adoptaron fué la construcción de vías militares: he aquí la razón.

La guerra había sido el principal medio de aumento del territorio y el principal recurso del tesoro. Los romanos se habían creado una táctica nacional (no hablo de la institución de la legión); Maquiavelo, en sus discursos sobre Tito Livio, dice: «que fueron los primeros que principiaron a hacer la guerra corta, pero en grande, y que la mayor parte de las hostilidades que tuvieron que sostener con los etruscos, los latinos y los samnitas, se terminaron en el trascurso de muy poco tiempo, merced a las considerables fuerzas que pusieron en campaña.»

En las circunstancias del año 442, nada obligaba a renunciar a aquella táctica, a no ser el que habiéndose dilatado las fronteras, para continuar llevando con celeridad las masas de los combatientes a los puntos amenazados, convenia facilitar el curso de los trasportes, cuya necesidad ya se revelaba. El primer medio en que se debió pensar, y en que se pensó realmente, fué en la construcción de caminos militares. El Senado los decretó, y cuando se vió aparecer en la colina de los Jardines al anciano Appio Claudio con la toga blanca de los candidatos, y se supo que solicitaba la censura, solo los que no estaban iniciados en los secretos de la Curia, pudieron mirar aquella candidatura como el último capricho de un viejo ambicioso.

Appius Claudius Cæcus era el hombre más a propósito para la empresa proyectada: Appio poseía en grado eminente las virtudes y los defectos del *yo romano*, es decir, el orgullo de su raza, el orgullo del valor personal, el orgullo de los poderes curules, el orgullo del hogar doméstico, el orgullo del ciudadano romano. «Tenaz e imperioso, ha dicho Cicerón en cierto lugar, se asemeja a un arco en tensión, y los años no pudieron enervar aquella dura naturaleza, que jamás supo sufrir oposición.» El modo con que obtuvo la prolongación ilegal de su censura, y la impudencia con que arrebató a su colega el honor de inaugurar la nueva vía, justifican el juicio de Rollin, que le acusa de que su vida fué una mezcla de bueno y de malo. Además, sabemos por Aulio Gellio que se conducía con harta lijereza con los dioses, y en fin, y este es el rasgo más pronunciado de su carácter vanidoso y

obstinado, se le vió, contraviendo a todos los precedentes de su familia y por interés personal, halagar a la multitud y trastornar las órdenes del Estado, introduciendo en ellas hombres nuevos.

Appio, como ya hemos dicho, era el hombre de las circunstancias, y efectivamente, se necesitaba su casi dictadura sobre el populacho, su voluntad de hierro, su tenaz perseverancia y su orgullo, para comenzar y llevar a cabo una obra de la importancia y coste de la vía Appia.

Todo estaba por crear: plan, materiales, arquitectos, obreros y recursos pecuniarios. Estrabon, Frontino y Stacio, que nos han transmitido los pormenores de ponerla en obra, se callan en cuanto a las cuestiones económicas que se refieren a ella, y este silencio es irreparable. Pero puede comprenderse, por la sola exploración de los terrenos atravesados, cuántos obstáculos de toda especie tuvo que vencer el genio del censor.

Desde Roma a Cápua, la distancia o travesía proyectada era de 142 millas, y presentaba numerosas dificultades. Desde Roma a Alba, la campiña romana (*ager romanus*), estaba, como se ha repetido muchas veces, tan desigual y herizada como el mar en un día tempestuoso; desde Velletri (Velletri) a Circei (Terracina), había un bosque, y luego las lagunas Pontinas; en Circei una barrera de rocas o el mar; desde aquellos peñascos a Minturnes, y desde Minturnes a Cápua, unas colinas escarpadas, cortadas por llanuras, pantanos y ríos, y en último término el Apenino.

Comenzaron los trabajos, fueron atacados los obstáculos, vencidas las dificultades, y el camino se desarrolló casi por todas partes sobre el eje de su punto de partida. Fueron niveladas las superficies, planos inclinados unieron las montañas a las llanuras, construcciones sobre pies derechos atravesaron las lagunas, hicieron puentes sobre los ríos, y concluidos estos trabajos preliminares se completó la obra, construyendo en ella el *gremium* o calzada enlosada. El conjunto de estas operaciones tomó desde entonces, y conservó después, el nombre de *numire viam*.

¿Cuántos brazos fueron necesarios para remover todas aquellas tierras? ¿Qué tesoro pagó aquel os trabajos, el de Saturno o el de los Municipios? Sentimos en extremo el vernos precisados a decir que se ignora; pero la enumeración de las diversas operaciones demuestra sin necesidad de otros documentos, que los trabajadores fueron numerosos y los gastos inmensos, como demuestra también la victoria del arte y de la voluntad humana sobre todas las resistencias.

La vía Appia fué, pues, desde el día de su inauguración, el producto más magnífico de la voluntad romana; tuvo duración, utilidad, grandiosidad; y si se nos permite diremos que los latinos, los equos, los volsco y los campanienses, cuyos territorios dividía en dos, aquel día debieron sentir sobre ellos todo el peso de la dominación quirite. ¿Qué resistencia les era ya posible? ¿Qué refugio habría inaccesible para las legiones lanzadas a paso de carga por aquella superficie de lava? ¡Ah! ¡si!... ellos también debieron comprender que había sonado para Roma la hora de la expansión al otro lado de la Italia.

El testimonio de Procopio, ya citado, nos manifiesta que la vía Appia servía también de camino público a principios del siglo VI, por lo menos en las inmediaciones de la ciudad. Sin embargo, a pesar de las alabanzas que Procopio prodiga a la conservación y a la magnificencia de la vía, es muy difícil no suponerla ya muy decayda de su esplendor primitivo. ¿Cómo se completó su decadencia? Ya lo hemos indicado más arriba: el tiempo, los hombres y los huracanes contribuyeron a ello, y puede también añadirse las guerras baroniales de los Colona y Savelli en el siglo XIII, como la época precisa en que cesó de ser frecuentada en la parte de la campiña romana.

Esta porción ha sido la escogida por el señor Jacobini para teatro de las excavaciones: esta elección, aconsejada por la inmediación a la ciudad, lo era igualmente por el número y la importancia de los monumentos funerarios con que había sido adornado aquel trozo, por la misma razón de su proximidad.

Estos monumentos se dividían en tres clases: templos, sepulcros, y *ustrines* (1) los primeros y últimos eran bastante raros, los segundos innumerables. Y aquí se debe colocar la única crítica fundada de que han sido objeto las excavaciones. Si al darlas una anchura igual de veinte y dos metros en toda la línea, se ha dicho, se procuraba únicamente desembarazar la antigua calzada de la vía, esa anchura sería exagerada, si se trataba de desembarazar al mismo tiempo los monumentos que la ciñeron por los dos lados, esa anchura sería insuficiente. Los hechos han justificado la crítica: al ver las excavaciones concluidas, la primera impresión es un sentimiento de sorpresa y de admiración y la segunda un sentimiento de asombro y de pesar al ver que las excavaciones pasan sin tocarlas por muchas ruinas, cuyos restos sobresalen como pirámides a derecha e izquierda del espacio descubierto.

Sin alterar el valor real de la operación, esse abandono de tantos sepulcros disminuye las probabilidades de interés histórico. Los primeros monumentos elevados en la vía Appia, lo fueron por las familias mas ricas e ilustres de la ciudad: a esas familias pertenecen pues, aquellas grandes masas de ladrillo o de piedra calcarea, que atestiguan la riqueza o la elevada posición de los que las construyeron. En derredor de esas masas aristocráticas fueron a agruparse mas tarde las tumbas mas modestas de los clientes y libertos: las excavaciones no llegan mas que hasta estas últimas. Casi todas las inscripciones o fragmentos de inscripciones encontradas desde diciembre de 1830 a mayo de 1831, se refieren a estas dos clases de ciudadanos. Como se vé, este resultado da cierta consistencia al cargo de que acabamos de hablar; pero nos podemos consolar todavía con la riqueza de lo que hasta ahora se ha recogido.

III.

Partiendo desde el arco de Druso (para San Sebastian), cerca del cual Aureliano puso la primera piedra millaria hasta el sitio llamado los *Frattocchie*, por debajo de la montaña de Albano, el antiguo trazado de la vía Appia mide cerca de once millas. Después de inclinarse ligeramente al Mediodía para llegar a la pequeña iglesia *Domine quo vadis*, una curva brusca la conduce al oratorio del cardenal Reginaldo o Rey-

naldo Pole, desde donde se lanza en línea recta hasta los *Frattocchie*. Trabajos de simple restauración se han ejecutado en esta primera parte de la vía, que sirve de camino para llegar a la basílica de San Sebastian, y han sido continuados hasta la tercera milla en donde principian las excavaciones actuales.

Si este trayecto prepara la vista para las sorpresas que la aguardan en el sitio mismo de las excavaciones, el aspecto general aminora al principio la amplitud de los trabajos. Aquel lugar se halla enteramente desierto: el bosquecillo de Egeria y los dos pinos del Casino Gaetani, terminan la zona de las tierras cultivadas: a la derecha, el horizonte se detiene en las orillas del mar: a la izquierda, en el primer plano se ven las montañas de Tivoli y de Palestrina, en el segundo, los Apeninos Campanienses: enfrente, Frascati, Marino, Albano, Arichia el bosque de Rocca di Papa, y la cima de Monte Calvi, con su vía triunfal y su convento edificadas sobre los basamentos del templo de Júpiter Latial: en el centro acueductos, torres de la edad media, y abrevaderos debidos a los papas: en una palabra, el espacio, el silencio, la devastación, el hombre por todas partes, y la vida en ninguna.

Esto es tan solemne, tan bello, que el alma necesita tranquilizarse antes de aplicarse a una admiración de orden diferente. El primer aspecto de las excavaciones se presta poco a ella. Un terreno recientemente removido, cercado a derecha e izquierda por dos paredes de piedras, y en medio del cual otras dos líneas de piedras se elevan del suelo algunos milímetros y forman una especie de paseo de jardín, he ahí todo. Esa calle, es cierto se prolonga hasta perderse de vista, y su larga línea recta y plana choca a la vista, pero no hay mas. A uno y otro lado algunos sepulcros abiertos, algunos fragmentos de mármol esparcidos, anuncian que la antigüedad tomó posesión de este rincón de tierra: sin embargo, casi se siente uno engañado. Pero si no se apresura a juzgar, y si avanza por el teatro de los trabajos, de metro en metro se suceden las sorpresas y el asombro. Los sepulcros descombrados, en un principio bastante raros, se multiplican, se acercan, concluyen por tocarse, se unen y se ponen unos sobre otros como las salas de un palacio, o como las salas de una misma calle. Una vez comenzada esta calle, continúa sin interrumpirse, y se detiene sin concluir en el punto mas extremo de las excavaciones: diríase que es una segunda Pompeya.

Esta continuidad de la necrópolis descubierta por los desvelos y afanes del señor Jacobini, forma en nuestro concepto el carácter mas notable, y aun diríamos el mas especial de las excavaciones. En la península itálica no existe, que sepamos, ninguna necrópolis tan variada y tan compacta. Los hipogeos etruscos no se acercan al vasto desarrollo del hipogeo Appiano, y además están contruidos por un sistema religioso diferente, el de ocultarse a las miradas de los vivos. Las catacumbas cristianas son incontestablemente de mayor extensión, de un aspecto mas magistral, pero también se envuelven en el misterio, y se esconden debajo del suelo, sin revelarse a lo exterior por ningún signo típico. Al contrario todas las construcciones funerarias de la vía Appia estaban dispuestas de modo que fijasen las miradas del pasajero, y su inscripción o epitafio daba siempre frente al camino. Varrón hace derivar el nombre genérico de monumentos que recibieron los sepulcros romanos, de esa disposición. Esa aglomeración de tantos depósitos fúnebres, cuya degradación actual impide rara vez el recobrar el diseño primitivo, esa babel de urnas, de altares, de pirámides, sepulcros, capillas y templos mortuorios, vacíos los unos como si ya hubiese sonado la trompeta, y los otros conservando todavía mezclados con los restos de mármol y de epitafios, los restos mortales que en ellos fueron depositados, ese yo no sé que diseminado sin forma y sin nombre, que se extiende por los dos lados de la vía, con una anchura de cinco o seis sepulcros hasta no sé que limite, hace una única y curiosa revelación arqueológica.

Es resultado de las excavaciones, aun cuando fuese solo, bastaría para asegurar el reconocimiento del mundo científico, al ministro que las ha hecho emprender y al gobierno que soporta sus cargas: pero los resultados de estos hermosos trabajos son múltiples, o mas bien hay en ellos el resultado de conjunto de que acabamos de hablar, y además resultado de detalles que nos limitaremos a indicar.

Cuando comenzaron las excavaciones y antes de que cada golpe de azada descubriese un hallazgo, los trozos de escultura que se iban encontrando eran inmediatamente divididos en dos series. Los mas preciosos se llevaban a un almacén improvisado para aguardar su clasificación; los otros quedaban abandonados en aquel sitio. Algunas semanas después se adoptó un sistema mejor. Cada monumento desprendido fué marcado con un signo numérico, que marcó igualmente todos los fragmentos reconocidos como pertenecientes al mismo monumento. El número de sepulturas así señaladas, se eleva a mas de cuatrocientos. La intención del señor Jacobini que ya ha principiado a tener ejecución, es el hacer colocar estos restos en su modo primitivo cuando sea posible, o por grupos de un mismo todo. Ahora bien, supongamos y esta suposición debe llegar a ser una realidad, supongamos ese segundo trabajo de restauración ya concluido: agreguemos a las riquezas recobradas, las riquezas ciertas de la campaña próxima, y la que terminarán las otras dos que necesitan para concluir el descombramiento comenzado; veamos entonces, arrebatadas como lo serán en la magestad de sus recuerdos y de su vetustez, esas mil quinientas o mil seiscientas tumbas, y concluiremos que jamás ha sido propuesto un asunto mas espléndido de meditación y de estudio al anticuario, al historiador, al paleógrafo y al artista. Pero volvamos a lo que se vé, se toca y puede utilizarse ya.

La forma se revela allí en todas sus variedades posibles, desde el crypto subterráneo, hasta el mausoleo de tres cuerpos: desde la huesa u hoyo latino, hasta la urna greco-latina de alabastro: desde el cipo del *lector de César*, hasta el nicho que abraza la estatua de mármol de Paros de la joven matrona Pompeya Aizia, es decir, la forma en lo que tiene de mas gracioso, como en sus estravios menos clásicos. No, el reproductor o el imitador de lo antiguo, no se desdenará a pesar del estado de degradación en que se le presentan los numerosos modelos que le suministra ya la vía Appia, el examinar sus líneas hechas pedazos: las seguirá con el pensamiento y se referirá al todo partiendo del fragmento: esto en cuanto al aficionado a la forma.

El historiador del arte con el auxilio de esa misma forma,

(1) Cercado para quemar los muertos.

y mas seguramente aun con el de los materiales, que entraron en ella, de la colocacion de esos materiales, aun en donde ha desaparecido la inscripcion votiva, llegará a señalar una edad de esos diversos restos. Los montones de piedras de Albano y de Tivoli, le permitirán mirar como contemporáneas de la era republicana, las cenizas que cubrirán. Las grandes masas circulares que recuerdan los mausoleos de Adriano ó de Augusto, serán referidas por él á la era del servilismo que lleva el nombre de doce emperadores. En fin, las construcciones de ladrillo y los fragmentos de monumentos mas antiguos amalgamados sin inteligencia, le indicarán las eras de la decadencia.

En donde se han encontrado inscripciones, la tarea del cronologista del arte llega á ser muy fácil y descansada. Otras dos clases de visitantes, encuentran en ellas un asunto de estudio mas difícil, y por lo mismo mas atractivo: queremos hablar de los analistas de lo pasado y de los paleógrafos. El primero lee esas tradiciones incrustadas en el bronce y en el mármol, y se aplaude de haber empleado bien el dia, cuando ha descubierto en ellas el nombre de una raza y de un individuo citados por los autores del tiempo: y efectivamente ese hallazgo completa una serie de consules, ó da una fecha controvertida hasta el dia.

La filología y la paleografía someten esas mismas líneas lapidarias á otra investigacion. El paleólogo interroga al gráfico, su relieve y su profundidad, lo ancho ó lo delgado del rasgo, la armonía ó la desigualdad de las letras, para reconocer á que periodo de la literatura latina pertenecen. El filólogo examina su ortografía, cuenta las letras dobles, sus terminaciones, sus arcaísmos y compara las divergencias que presentan con los manuscritos de Herculano, ó con los palimpsestos del cardenal Angelo Mai.

Como vemos, los resultados de las escavaciones son y serán múltiples. La última prueba consistiría en citar los monumentos mas curiosos que se han descubierto; pero esto nos conduciría demasiado lejos.

Creemos por otra parte haber llegado al término en donde debe cerrarse esta noticia de un trabajo, que cuatro años antes hubiera interesado á la prensa de los dos mundos..... obra honorífica para el gobierno que la ejecuta, obra que ocupara un lugar en los anales de los pontificados protectores de las artes, obra en fin, y esta será su última alabanza, que fué tambien un acto perfectamente entendido de beneficencia, porque ha arrancado de la ociosidad, en la estacion mas dura, á millares de brazos sin tener en que ocuparse.

El pequeño Narciso.

CUENTO AMERICANO, DEDICADO POR EL UNIVERSO Á LOS ESCOLARES DEL PRÓXIMO CURSO.

Narciso era llamado así porque desde que nació se asemejaba á esa flor: no le gustaba hacer mas que lo que le agradaba, y no tenia afición al trabajo. Cuando Narciso era todavía niño, su madre le separó del hogar paterno, y confió su educacion á un maestro de escuela muy severo, conocido con el nombre del señor Trabajo: los que tenian relaciones con él y sabian cual era su carácter aseguraban que el señor Trabajo era un digno y excelente personaje, que habia hecho mas bien á los niños y aun á los hombres, que ningun otro en el mundo. Y efectivamente no le habia faltado tiempo para emplearse en el bien, porque si hemos de creer á él, se dice, se halla en la tierra desde el dia en que nuestro padre Adán fué arrojado del Paraíso.

Sin embargo, el semblante del señor Trabajo era feo y severo, especialmente para los niños y los hombres inclinados á la ociosidad: su voz áspera, y todas sus maneras y costumbres, parecían muy desagradables á nuestro amigo Narciso. El terrible maestro de escuela estaba todo el dia sentado á su pupitre vigilando á sus discípulos, y algunos ratos se paseaba por el salon destinado al estudio con una vara en la mano: unas veces daba un golpe en la espalda al niño que sorprendia jugando, y otras castigaba á toda una clase que no habia sabido la leccion: en una palabra, á no tener constantemente fija la vista en el libro, ningun niño podia disfrutar un momento de tranquilidad en la escuela del señor Trabajo.

«Jamás podré acostumbrarme á esto, dijo para sí Narciso.»

Hasta aquel dia habia transcurrido su vida al lado de su madre, que tenia una cara mucho mas dulce que la del viejo señor Trabajo, y que siempre habia sido cariñosa é indulgente para con su hijo. Así, pues, no es extraño que al pobre Narciso le pareciese muy triste el mudar de suerte, y el verse separado de la bondadosa y amable señora, para ser entregado á aquel repugnante maestro que jamás le daba manzanas ni pastelitos, y que sin duda creia que los muchachos solo habian nacido para aprender la leccion.

«Me es imposible permanecer aquí por mas tiempo, dijo Narciso, despues de pasar cerca de una semana en la escuela: me pondré en salvo y procuraré buscar á mi buena madre; de todos modos no puedo encontrar á nadie que sea ni aun la mitad de insoportable que el señor Trabajo...»

Al dia siguiente por la mañana el pobre Narciso emprendió la fuga, y comenzó su peregrinacion por el mundo, sin mas recurso que un poco de pan y queso para almorzar, y unas cuantas monedas para sus gastos. No habia andado mucho cuando alcanzó á un hombre de aspecto grave y tranquilo, que caminaba en la misma direccion con moderado paso:

«Buenos dias, hijo mio, le dijo el desconocido, con voz que aunque al parecer dura y severa, no carecia, sin embargo, de cierta benevolencia, ¿de dónde vienes tan temprano, y á donde te diriges?»

Narciso era un niño muy franco, que no habia mentido en toda su vida, de modo que tampoco mintió en aquella circunstancia. Vaciló un instante, mas concluyó por confesar que se habia escapado de la escuela por la mucha aversion que le inspiraba el señor Trabajo, y que estaba resuelto á

buscar en el mundo algun sitio en donde no viese ni oyese jamás al viejo domine.

«Muy bien, amiguito, le contestó el caminante: viajaremos juntos, porque yo tambien he tenido que habérmelas con el señor Trabajo, y tendria una satisfaccion en hallar algun parage en donde no hayan oido hablar de él.

Nuestro amigo Narciso hubiera preferido un compañero de su edad, con quien poder recoger flores á orillas del camino, correr detrás de las mariposas, ó ejecutar otras muchas cosas que le hiciesen agradable el viage. Pero tenia demasiada prudencia para comprender que le seria mas fácil recorrer el mundo con un hombre de experiencia que le enseñase el camino: aceptó, pues, la proposicion del extranjero, y ambos prosiguieron su marcha como buenos amigos.

No tardaron mucho en pasar por junto á un prado en donde unos segadores estaban cortando yerba, y esparciéndola por el suelo para que se secase. Narciso respiró con delicia el olor de la yerba recién segada: y pensó que debia ser mucho mas divertido segar heno al sol, bajo un cielo azulado, cerca de los árboles y zarzales en donde los pajarillos gorgeaban suavemente, que estar encerrado en una sala triste y oscura, aprendiéndose la leccion todo el dia, y reprendido continuamente por el viejo señor Trabajo. Pero en medio de aquellos pensamientos, y mientras se habia detenido para mirar por encima de la pared, retrocedió de repente y se asió de la mano de su compañero.

«¡Pronto, pronto, salvémonos ó nos atrapan!...»

«¿Quién? le preguntó el desconocido.

«El señor Trabajo, el viejo maestro de escuela, contestó Narciso, ¿no le veis en medio de esos segadores?»

Y señalaba con el dedo á un hombre de cierta edad, que parecia el propietario del prado, y el amo de los que recogian el heno. Se habia quitado la chaqueta y el chaleco, y trabajaba con ahinco en mangas de camisa: corria el sudor por su frente y mejillas, pero no descansaba un momento, y no cesaba de repetir á sus criados que se diesen prisa mientras duraba el sol. Pues bien, ¡cosa extraña!... las facciones de aquel labrador eran exactamente las mismas que las del viejo señor Trabajo, que en aquella misma hora debia entrar en la sala de estudio.

«No temas, ese no es el maestro de escuela, sino un hermano suyo que se dedica á la agricultura, y que segun dicen es el mas insoportable de los dos: con todo, si no entras á servirle en su granja te dejara en paz.

Narciso creyó en las palabras de su conductor, pero no se tranquilizó completamente hasta que no perdieron de vista al viejo labrador, que tanto se asemejaba al señor Trabajo. Los dos viajeros llegaron bien pronto á un sitio en donde unos carpinteros estaban arreglando las obras de su oficio para una casa que todavia no se habia concluido de construir. Narciso rogó á su compañero se detuviesen un instante, porque le gustaba ver con que destreza desempeñaban su tarea, y manejaban las hachas, sierras, escoplos, cepillos y martillos, y con que habilidad colocaban las puertas, las ventanas y sus bastidores: y no pudo menos de ocurrirle la idea de que tomaria tambien con gusto el hacha, la sierra, cepillo, escoplo y martillo para hacerse una casita; porque cuando tuviese una casa suya, el señor Trabajo no se atreveria á ir á atormentarle en ella.

Mas precisamente en el momento en que aquella idea le hacia sonreír, nuestro pequeño Narciso descubrió algo que le llenó de terror, y le hizo apoderarse con viveza de la mano de su compañero.

«¡Despachémonos!... ¡pronto!... ¡pronto!... gritó; hélé ahí otra vez.

«¿Quién? preguntó sosegadamente el desconocido.

«El viejo señor Trabajo, respondió Narciso temblando; aquel que está allí vigilando á los obreros; es mi viejo maestro de escuela; estoy tan seguro de ello como de que ahora vivo.

El viajero volvió la vista hacia el sitio que le indicaba Narciso, y divisó á un hombre de alguna edad que tenia en la mano una regla y un compás. Aquel individuo recorria el incompleto edificio midiendo las maderas, explicando lo que se debia hacer, y exhortando continuamente á los demas á que no perdiesen tiempo. Y en donde quiera que presentaba su rostro endurecido y lleno de arrugas, los obreros comprendian que tenian un amo, y serraban y golpeaban con los martillos, como si de aquellas operaciones dependiese su existencia.

«No, no está ahí el señor Trabajo el maestro de escuela, es otro de sus hermanos que ha seguido el oficio de carpintero.

«Creo lo que me decis, respondió Narciso; pero si no te neis inconveniente, me alegraría dejar cuanto antes este camino.

Continuaron su marcha y oyeron el sonido de un tambor. Narciso aplicó el oido y suplicó á su compañero acelerase el paso para ver los soldados; hicieronlo así, y vieron una compañía de infanteria con uniforme de colores muy vivos, hermosos plumeros en los chacos y fusiles muy relucientes. Delante marchaban dos tambores tocando con tal fuerza y marcialidad, que Narciso los hubiera seguido con gusto hasta el cabo del mundo.

«Si yo fuese soldado, decia entre sí, el viejo señor Trabajo no se atreveria á mirarme de frente.

«¡Paso redoblado!... ¡marchen!... gritó una voz fuerte y gruesa.

Narciso se estremeció, porque la voz que hablaba á los soldados tenia precisamente el mismo sonido que la del señor Trabajo, que conocia muy bien por haberla oido todos los dias en la escuela, cuando fijó sus ojos en el capitán de la compañía vió el verdadero retrato del señor Trabajo, con un hermoso chaco y plumero en la cabeza, dos charreteras de oro en los hombros, un uniforme con galones, un cinturón encarnado, y en la mano una larga espada en lugar de vara. Y aunque llevaba la cabeza erguida y se movia tan envanecido como un pavo real, le parecia tan feo y tan insoportable como cuando le mandaba decir la leccion en su escuela.

«Ved ahí seguramente al viejo señor Trabajo, dijo Narciso con voz temblorosa; huyamos, no sea que nos aliste en su compañía.

«Te vuelves á engañar, amiguito, le replicó su compañero con la mayor calma. No es el señor Trabajo el maestro de escuela, sino uno de sus hermanos, que siempre ha estado en el servicio militar. Segun dicen es sumamente severo, pero nada tienes que temer de él.

«Tanto mejor, le contestó Narciso; con todo, si no os cau-

sa molestia, por mi parte no deseo el ver mas á los soldados.

El niño y el desconocido volvieron á emprender su viage, y llegaron á una casa situada á la orilla misma del camino, en donde se divertia una reunion numerosa. Jóvenes de ambos sexos, las unas con rosadas mejillas y los otros con la sonrisa en los labios, bailaban al sonido de un violin. Aquel espectáculo era el mas agradable que hasta entonces se habia presentado á la vista de Narciso, y le consoló de todos sus disgustos.

«Detengámonos aquí, dijo, porque el señor Trabajo jamás se atreverá á presentarse delante de un músico que toca el violin, y de unas gentes que bailan y se divierten... ¿Estaremos seguros aquí?»

Pero estas últimas palabras espiraron en los labios de Narciso, que habiendo por casualidad dirigido sus miradas al músico, volvió á ver la imagen del señor Trabajo, con un arco en vez de vara, y manejándole con tanta destreza y facilidad como si no hubiese hecho otra cosa en su vida mas que tocar el violin. Aunque su aire era un poco francés, se parecia, no obstante, de tal modo al maestro de escuela, que Narciso no dudó fuese el mismo, y hasta se le figuró que le hacia señas con la cabeza y los ojos invitándole á que tomase parte en el baile.

«¡Dios mio! murmuró palideciendo. Diríase que solo se halla en el mundo al señor Trabajo; ¿quién habria jamás imaginado que tocara el violin?»

«No es tu maestro de escuela, le dijo su compañero de viage, sino otro de sus hermanos que ha sido educado en Francia, en donde ha aprendido á tocar ese instrumento. No quiere por vergüenza que se sepa á qué familia pertenece, y se hace llamar generalmente el señor Placer, pero su verdadero nombre es Trabajo, y los que le conocen á fondo le encuentran todavia mas desagradable que á sus hermanos.

«Os suplico que nos vayamos un poco mas lejos, dijo Narciso; no me gusta la cara de ese músico.

El extranjero y Narciso prosiguieron, pues, su viage por la carretera, y atravesaron frondosas alamedas y risueños pueblecillos; mas por todas partes se veia la imagen del señor Trabajo; encontrábanle como un espantajo en los sembrados. Si entraban en alguna casa estaba sentado en la sala, y si dirigian una mirada á la cocina tambien se hallaba allí; en cada choza estaba como en su casa, y siempre tenia algun disfraz para introducirse en las mas espléndidas habitaciones. Por donde quiera Narciso veia alguno que se parecia á él, y que segun decia su compañero, era uno de los innumerables hermanos del maestro de escuela.

Narciso se hallaba debilitado por el cansancio, cuando vió varias personas tendidas á la sombra á un lado del camino; el pobre niño rogó á su guia que se detuviese para reposar algunos instantes.

«El viejo señor Trabajo jamás vendrá aquí, dijo, porque detesta el ver descansar á las gentes.

Al decir esto Narciso miró al que parecia mas indolente, mas pesado y mas apático de todos aquellos hombres perezosos que se habian tendido á la sombra para dormir. ¿Y quién pensais que era? el retrato del señor Trabajo.

«Es una familia muy numerosa la de ese maestro, observó el viajero, porque ahí veo otro de sus hermanos que ha estado en Italia, en donde ha contraido hábitos de ociosidad, y ha traído el nombre de señor Far-Niente; pretende que vive con comodidad y desahogo; pero indudablemente es el mas miserable de la familia.

«¡Ah!... llevadme otra vez, llevadme, exclamó el pobre Narciso prorumpiendo en amargo llanto; si en el mundo no hay mas que Trabajo, lo mejor será volverme á mi escuela...»

«¡Héla ahí! ¡hela ahí! le dijo el extranjero, porque aunque habian caminado mucho, habian andado describiendo un círculo en vez de dirigirse en línea recta. Vamos, regresaremos juntos á la escuela.

Habia en la voz del desconocido algo que Narciso recordó en aquel momento, y que era muy extraño no se acordase antes. Levantó, pues, los ojos y vió... las facciones del señor Trabajo; por manera, que el pobre niño que habia hecho todos los esfuerzos de que era capaz por huir del señor Trabajo, habia estado todo el dia con él.

Ciertas personas á quienes he referido la anécdota de Narciso, han creído que el viejo señor Trabajo era un mágico que tenia la facultad de multiplicarse y de revestirse de cuantas formas le conviniesen. Sea como quiera, Narciso aprendi una buena leccion, y desde aquel dia fué muy aplicado, poró que sabia que la asiduidad en el trabajo no es mas fatigosa que el juego ó la ociosidad. Y cuando hubo contraído mas intimidad con el señor Trabajo, comenzó á comprender que sus maned ras no eran tan desagradables, y que la sonrisa del viejo maestro de escuela hacia su semblante casi tan dulce como e de su querida madre.

Variedades.

«El brujo.—Un gitano que andaba diciendo la buena ventura por las calles, fue preso un dia y conducido ante un tribunal. ¿Con que tú sabes leer en el porvenir, le preguntó el presidente, hombre de bastante agudeza, pero demasiado chancero para ser magistrado.

«Sí, señor presidente, contestó con gravedad el gitano.

«En ese caso, ¿sabes cual es la sentencia que vamos á pronunciar?

«Seguramente.

«Y ¿qué te va á suceder?

«Nada.

«¿Estás seguro?...»

«De que van ustedes á ponerme en libertad.

«¿A ponerle en libertad?

«Sí señor.

«¿Porqué?

«Porque si hubieran ustedes de condenarme, no insultarian á la desgracia con la ironía.

Avergonzado el magistrado se volvió hacia los demas jueces, y el brujo fué puesto en libertad.

Los vicios: alegorias de costumbres.



El juego.



El vino.

Los vicios: alegorías de costumbres.



El amor.



El tabaco.

El palacio de cristal.

En el momento en que se eleva en los famosos campos Eliseos de París, un nuevo palacio de cristal, en que se abren al público exposiciones universales en Dublin y en Nueva-York, y se prepara para 1855 en la capital de Francia, otra que amenaza superar en magnificencia a las que le han precedido, creemos que agradará a nuestros lectores saber lo que ha venido a ser el famoso *cristal-palace* de Londres, trasladado desde esta ciudad a la estación de Sydenham.

Este será el último y el más curioso capítulo de la historia de aquel gran monumento, y ofrecerá juicios comparativos y lecciones importantes al público, lo mismo que a los directores del futuro palacio de los Campos Eliseos.

Además de las mejoras capitales que se han practicado en la parte exterior del nuevo templo de la industria de Inglaterra, M. Girdon, antiguo guía de los trenes de placer, nos espone detalladamente el perfeccionamiento introducido en la parte interior para el mejor brillo de las galerías.

Según el grandioso plan adoptado por los empresarios, el palacio de Sydenham será un museo completo de la historia, de las ciencias, de las artes y de la industria de todos los siglos y de todas las naciones.

Las partes laterales de la nave, los transeptos y las galerías que se encuentran entre los diferentes patios, se verán adornados de aves, de plantas y de árboles de todos los países. Al Nordeste del edificio, aparecen dispuestas inmensas galerías de escultura y de arquitectura, donde se verán espueltas las obras de los mejores artistas ingleses y extranjeros; en la parte del Sud, se espondrán colecciones de objetos los más raros y los más preciosos en las artes de la edad media. Para este objeto, los directores han encargado a MM. Digby Wyatt y Owen Jones recorrer las principales ciudades de Europa para buscar y adquirir colecciones tan completas cuanto sea posible. El ministro de negocios extranjeros ha suministrado a estos señores cartas de introducción, expresando el interés que toma el gobierno en sus trabajos; estas cartas van dirigidas a las diversas embajadas que se encuentran en su camino. Además de las curiosidades ya mencionadas, se observa un patio niniviano y un patio egipcio. Otros dos patios están destinados al descanso. El uno representa la restauración de un patio de Pompeya, y el otro un trozo de la Alhambra.

Las divisiones Norte y Sudoeste del edificio, así como una galería que da vuelta a él, están destinadas a los esponentes de todos los puntos del globo.

Como la parte científica debe formar uno de los rasgos más llamativos de este nuevo palacio, los directores se ocupan en combinar un nuevo plan de exposición para todo lo que diga relación con la historia natural. Ningún país hasta ahora, ha mostrado nunca nada que pueda ser comparado a este museo universal. Una de las secciones más notables y más atractivas será la de la etnología. Allí se verán modelos de tamaño natural de las diferentes variedades de la raza humana, con sus diversos trajes nacionales, sus utensilios domésticos y sus instrumentos agrícolas, sus armaduras, sus habitaciones, sus diferentes modos de transporte, y en fin, todos los objetos que puedan servir para caracterizarlos.

Las plantas vivientes estarán dispuestas de modo que se puedan analizar los rasgos característicos y particulares que las distinguen en todos los países del mundo.

Los modelos etnológicos se colocarán cerca de las plantas precedentes de la región a que ambos pertenecen; se rodearán de los cuadrúpedos, de las aves, de los reptiles, de los peces, de los moluscos y de los insectos que se observen en su propio país. Todas estas diferentes especies se espondrán a la vista del público, en las actitudes que les sean más naturales, a fin de dar a los visitantes la idea más exacta de su inclinación y de sus costumbres particulares.

Los peces serán conservados por un medio enteramente nuevo; parecerá como que nadan en un fluido conservador semejante al agua. Se representarán en su actitud natural a los moluscos y a los animales que roen o que nadan. En fin, el lugar que habite cada una de estas criaturas será imitado y representado con toda la fidelidad que sea posible.

Así, en cualquiera parte que el visitador se detenga, observará siempre distintos objetos de un poderoso interés, no ordenados metódicamente como en un museo, sino dispuestos científicamente con el objeto de hacer que resalten de una manera especial, las costumbres y particularidades de cada especie. Su reunión dará una idea exacta de la región que los produce y dejará en el ánimo del visitador un recuerdo claro y positivo de la distribución de las plantas y de los animales que viven en la vasta superficie del globo.

El inmenso espacio de este palacio permitirá esponder además, todo lo que contiene la geología de curioso y de interesante para todos aquellos que se ocupen de esta parte importante de las ciencias físicas. No solamente se podrá conocer por esta exposición el efecto que produce la parte exterior de la tierra en los diversos países, sino que se verá también de qué se forman las capas geológicas de ciertas posiciones del globo. Podrá tenerse una idea exacta de los trabajos de las minas, y ver como se producen los volcanes y los temblores de tierra; se conocerá, en fin, la geología en sus relaciones prácticas aplicadas al arte de abrir los pozos, de suministrar el agua, de formar los túneles, etc.

En el exterior del nuevo palacio de cristal, las decoraciones estarán en armonía con el embellecimiento de la parte interior. Las estremidades del edificio, formando vastas calles, se prolongarán a una distancia considerable, y contendrán jardines que no ocuparán menos de treinta aranzadas de tierra.

Se establecerá un camino de hierro espresamente para servir de comunicación entre las diversas estaciones que cercan la ciudad de Londres, y vendrá a buscar su última parada en una de las calles del monumento, de manera que bajando del comboy, los visitantes se encuentran inmediatamente introducidos en el palacio. Independientemente de este medio de comunicación, se establecerá sobre el camino de hierro de Londres a Brighton, un servicio regular que partirá de cuarto en cuarto de hora.

Cada calle del monumento terminará con una torre de vidrio, desde donde se podrá admirar, con los bellos sitios de las cercanías, los deliciosos jardines del palacio, sus fuentes,

sus estanques, y sus juegos de agua, de los cuales habrá uno que se elevará a la altura de doscientos pies; sus estatuas, sus templos, sus grutas, sus rocas y innumerables bosques esparcidos por todas partes, que harán el efecto pintoresco de un verdadero lugar de encantamiento.

Debemos convenir en que esto se llama hacer una gran cosa, y que existe en el proyecto un asunto de emulación grave para el palacio de cristal que prepara el pueblo de París, cuyos muros de piedra se elevan con asombrosa rapidez.

Mientras tanto, nuestra pobre España continúa saboreando el soporífero letargo del más grande indiferentismo, sin que ni aun para las obras de incontestable utilidad haya acuerdo y decisión.

Beltran y Santiago.

ANEDOTA HISTORICA.

I.

En 1528 triscaban jugando alegremente varios niños en la plaza de la Mote-Breon cuando se vieron interrumpidos por un grito.

¡Cuidado, paso al malo! lanzado por uno de ellos, que echó a correr con toda la ligereza de que eran susceptibles sus piernas. Sus camaradas le imitaron, y en un instante desocuparon la plaza, quedando por dueño de ella un muchacho de catorce años que llegaba a este tiempo.

Al considerar el miedo que inspiraba a aquellos niños su presencia, entreabrió sus labios una sonrisa de satisfacción, y lanzó el palo que llevaba en la mano con una destreza poco común a las piernas de los más perezosos en huir.

¡Cómo me temen! exclamó sentándose sobre la yerba de que estaba alfombrado el suelo; pero pasado un rato sin hacer nada, fuese apoderando de su ánimo el aburrimiento que a tan pocos años produce la soledad, y comenzó a bostezar de una manera desusada; menester es decir que sus esperezamientos y bostezos aumentaban su ya considerable fealdad; porque era pequeño de estatura, espaldas anchas, cabeza monstruosa; y tenía los ojos pequeños y unidos, aunque vivos y centellantes. El desorden de sus vestidos no prevenía tampoco mucho en su favor, porque en lo destrozados y en las manchas de sangre y lodo que los cubrían, probaban los gustos y costumbres de su dueño, poco pacíficas y dignas de alabanza.

Después de estirarse tres ó cuatro veces, se levantó bruscamente y echó una mirada en su derredor, como buscando un objeto que poder hacer blanco de sus depravadas intenciones; no vió nada; pero oyó un rugido extraordinario que le produjo al pronto un estremecimiento. Arrepentido de aquel instintivo movimiento de temor, se incorporó, y dando algunos pasos hacía donde había partido aquel ruido, descubrió al través de unas yerbas altas la cabeza enorme de un búfalo que fijaba sus imponentes miradas en su persona.

No obstante sus naturales agresivos impulsos, sintió por esta vez en el fondo de su corazón el deseo de pasar de largo y dejar reposar tranquilamente al gigantesco animal, que estaba echado frente de él; pero apenas hubo andado algunos pasos, cuando avergonzado de su debilidad, volvió repentina y precipitadamente, y cogiendo del suelo una piedra la lanzó al búfalo.

El oyó silbar el proyectil por muy cerca de sus orejas; pero se contentó con sacudir perezosamente su cabeza. Su aptitud envalentonó al muchacho.

—¡Ah! ¡ah! ¡parece que no te gustan mucho las piedras de Beltran, que te hacen sacudir las orejas! ahora verás como las sacudes de veras, añadió haciendo provision de piedras con que llenaba sus bolsillos. En seguida comenzó a apedrearle con tan buen tino, que ninguna desperdició el golpe. El poderoso animal se levantó con trabajo, y miraba fijamente a su enemigo, cuando vino a darle una en un ojo; entonces estirando su cabeza y lanzando un rugido de dolor, embistió al muchacho, que por su parte echó a correr cuanto podía, mas no tanto que dejase el búfalo de alcanzarlo y de darle una cornada que lo hirió y estropeó gravemente.

Sin duda esta hubiera sido la última de sus hazañas, porque hubiera perecido pateado por el furioso animal, sin el auxilio de un joven arrendatario testigo de esta escena, y que acudió en su socorro hiriendo por detrás a la fiera con una horquilla que tenía en la mano. El búfalo se revolvió y abandonó a Beltran, para acometer a su nuevo enemigo; pero aquel, intrépido é irritado con los dolores de su herida, apenas de pie, corrió en ayuda del que tan valerosa y oportunamente le había socorrido, cogió una cuerda que casualmente halló cerca de sí, y echándola diestramente a las patas del búfalo, consiguió tumbarlo y hacerse dueño de él, con auxilio de otras gentes que llegaron, atraídas por el peligro en que habían contemplado a los dos jóvenes.

Cubierto de sangre y polvo se dirigió Beltran hacia el joven arrendador que le había salvado del furor de la fiera, y tomándole la mano, le dijo:

—Gracias, Santiago Plugastec, gracias; mi reconocimiento hacia tí es hoy tanto más grande cuanto que yo nunca te he hecho sino mal. Tú has castigado mis maldades con un beneficio; pero yo te juro por lo más sagrado, que deseo probarlo que sea quien quiera, como quiera y donde quiera, me encontrarás dispuesto a emprender por tí todo lo hacedero, bien entendido sea justo y leal.

II.

Cinco años pasaron de este suceso. ¡Cinco años! ¡Cuántos acontecimientos pueden en este espacio de tiempo, a la vez tan largo y tan corto, ocurrir en la existencia de un hombre! Cinco años habían pasado, y la Bretaña, de rica y tranquila que era, se había convertido en teatro de guerra civil; Juan de Monforte y Carlos de Blois se disputaban este desventurado país, y sus habitantes, ó mas bien sus señores, tomando partido por uno ó por otro de los pretendientes, se entregaban a los azares de los combates y desolaban todo, porque la guerra que se hacían era guerra de exterminio. Las tierras quedaban incultas, porque decían los labradores: «¿A qué la-

brar las tierras si los soldados con los pies de sus caballos han de inutilizar el esfuerzo de nuestros brazos? ¿A qué sembrar, para que las espigas sean pasto de los caballos?» Nunca se había conocido en la Bretaña una miseria tan espantosa como la que le afligió en aquella época. La mayor calamidad que puede abrumar a un país, dice un historiador, es tener a un tiempo dos reyes, y esto precisamente sucedía a la Bretaña.

A este tiempo Santiago Plugastec, casado hacia tres años, habitaba en la castellanía de Fugeray, y era uno de los colonos más laboriosos, aunque también de los más perjudicados por la guerra; y Beltran, aquel muchacho pendenciero y temido, se había convertido en un caballero, aunque joven, distinguido ya por su valor, y que, como él de sí mismo decía: «soy harto feo y brusco para granjearme el afecto y las atenciones de las damas, pero en cambio infundo pavor a mis enemigos.»

Encargado Beltran de acompañar a Inglaterra a los dos hijos de Carlos de Blois que debían quedar en rehenes de su padre, mientras venía a Francia y Bretaña a convenir en los ajustes de una transacción, se adquirió en el desempeño de sus importantes funciones los elogios y la estimación de la corte de Inglaterra. No fue su porte menos brillante en los torneos, y cuando regresó a Bretaña ya estaba considerado como un cabal y renombrado caballero.

Apenas llegó a los sitios de la contienda, supo que las tropas de Carlos se habían apoderado del castillo de Fugeray.

—Tres días hace que son dueños de él, dijo, dejémosles por hoy tranquilos, hagan su sopa mañana, que nosotros iremos a comérnosla. ¿Hay aquí de entre vosotros cuatro hombres decididos y resueltos a emprender conmigo una sorpresa arriesgada?

Todos los que le escuchaban se levantaron a un tiempo. —¡Bien! dijo, por Nuestra Señora, os prometo que iremos todos. En seguida dió a cada uno sus instrucciones, y tres horas después de anochecer se hallaban cuatro hombres disfrazados de leñadores al pie de los muros de Fugeray.

—¡Hola! ¡eh! gritaban al centinela, bajad el rastrillo, que están aquí dos carretas de leña muy buena para calentarse en el invierno, y que deben haceros falta, porque el señor de Craon, que os manda, nos ha enviado un escudero con orden de cortarla y conducirla sobre la marcha.

El centinela llamó a otro de los hombres armas para que le ayudase a echar el rastrillo.

Entonces los leñadores avanzaron con sus carros, mas apenas habían llegado a la mitad del puente, cuando se rompió la rueda de uno de los carros.

—El diablo se lleve las que te gruñen, condenado; buenos estamos ahora; en un cuarto de hora a lo menos no podremos cerrar este boquete.

—Y aun cuando alguno lo cerrara, no serías tú por vida mía, el que tal cuidado te quitara el sueño; replicó uno de los leñadores hundiéndose su daga en el seno del hombre de armas, que cayó sin proferir un ¡ay!

Uno de sus compañeros lanzó un agudo silbido, que era la señal convenida para que acudiesen doscientos hombres que estaban emboscados en un monte inmediato, y un cuarto de hora después, según había prometido el caballero Beltran, comían sus soldados la sopa que estaba preparada en el castillo de Fugeray para los hombres de armas del conde de Monforte.

Después de cenar quiso Beltran revistar los prisioneros para despachar a las gentes de más condición, y no guardar más que los que pudieran pagarle rescate. Entre los prisioneros que se presentaron estaba Santiago Plugastec, y apenas lo hubo divisado le llamó el primero.

Santiago obedeció temblando, y con la vista fija en el caballero, a quien el trascurso de cinco años, la barba, su armadura, y mas que todo el miedo, no le permitieron reconocerle.

—Escucha, le dijo, voy a pronunciar la suerte que te espera.

Santiago creyó que iba a pronunciar su sentencia de muerte.

—Escucha. Te regalo la más bella posesión de la castellanía de Fugeray, y con ella cincuenta buyes y vacas que escogerás a tu gusto, y cien fanegas de tierra de labor; esto aparte de que haré grabar sobre la puerta de tu casa en letras además de mi escudo, la siguiente inscripción:

BAJO EL AMPARO Y PROTECCION
DEL CABALLERO
BELTRAN DUGUESCLIN.

Y cuenta con el que se atreva a molestarte, porque juro por nuestra santa patrona, que se ha de arrepentir.

Santiago miraba al caballero con un asombro que participaba ya de estupidez creía estar soñando.

—¿No te acuerdas ya, continuó el caballero, de un chiquillo mal criado, que mataba tus gallinas, te robaba las frutas de los árboles y que maltrataba tus búfalos? ¿No te acuerdas que en vez de ir a quejarte a su madre, te limitabas a decir: estas son niñadas que le curará el tiempo? ¿No te acuerdas tampoco del que sin tu arrojo hubiera perecido bajo las patas del búfalo mas enorme que se ha visto jamás? Pues aquel te prometió ser el amparo de tus necesidades, y la ocasión de cumplir su promesa ha llegado; se, pues, rico y feliz, y si alguno te molestase ó atenta a tus propiedades, dile: cuenta con el caballero Beltran Duguesclin y acude a buscarme.

III.

En 1530 Duguesclin defendía a Dinan, sitiado por el duque de Lancastre; según las costumbres de la época se habían convenido sitiados y sitiadores en suspender las hostilidades, acordando una tregua que tenía por objeto descansar, para reparar los combatientes sus fuerzas, y para que pudiesen ocuparse de sus más importantes negocios. Los soldados de los dos campos se adiestraban en los ratos de ocio en el manejo de sus armas, mientras llegaba la hora de esgrimir las en propia defensa y no como distracción. Duguesclin no era el último que gustaba participar de estos bellicosos recreos.

Un día que salió a dar un paseo a caballo acompañado de sus escuderos y hombres de armas, vino a arrojarle a sus pies un prisionero, pálido, cargado de cadenas, y gritando:

gracia, socorro. El caballero reconoció en la voz de este hombre, la de su protegido Santiago Plugastec.

—Monseñor, esclamo; compadeceos de mí; han asesinado a mi mujer, a mis hijos, han quemado mi casa y me han dicho: nosotros te haremos sufrir tanto, cuanto que además de ser nuestro enemigo, eres el protegido de Beltran Duguesclin.

—¿Y quién te ha tratado de esa manera?

—Sir Tomás Cantorbery y sus gentes.

—¡Ah! sir Tomás Cantorbery, replicó el caballero sin moverse aparentemente; ya tengo que ajustarle también una cuenta por haber intentado coger prisionero a mi hermano el mas pequeño, a pesar de la tregua acordada; ahora veremos si es hombre que sostiene lo que dice.

Hablando así volvió el caballo hacia la tienda del duque de Lancastre, en la que estaba también el joven que lo es de Monforte.

—Monseñor, dijo: dispuesto teníamos distraernos con los juegos de un torneo; pero yo vengo a proponeros un duelo, un combate a muerte por dos insultos que he recibido de sir Tomás Cantorbery.

Hace ocho días que hizo prisionero a mi hermano con menzura de la fe convenida en la suspensión de armas; pero me hicisteis justicia y accedí a vuestro deseo de que no se verificara el combate. Hoy he sabido que un honrado labrador que guardaba mi protección, ha sido, a despecho de la tregua, robado, incendiado su casa, sacrificados sus hijos y encadenado como prisionero. Este ruin proceder es el de Tomás Cantorbery: yo le arrojé el guante, y que sea Dios en ayuda del mejor derecho.

El duque de Monforte y el de Lancastre accedieron a la solicitud de Duguesclin, y designaron aquel instante para el combate.

Se dirigieron todos, pues, al palenque preparado para el torneo, donde se hallaba reunida la nobleza de ambos partidos. Un heraldo publicó que monseñor Beltran Duguesclin estaba sin escusa a muerte a sir Tomás Cantorbery, y un momento despues pareció éste en la arena, y los padrinos y el señor del campo gritaron *partid*.

El primer encuentro fué violento y rompieron mutuamente sus lanzas en sus petos; en seguida ambos caballeros, con la velocidad del rayo, echaron pie a tierra, y con el hacha en una mano y la daga en la otra, comenzaron un combate prolongado y terrible; porque los dos paladines mostraban la misma destreza y ardor.

Tomás de Cantorbery sacudió en la cabeza de su rival un hachazo tan furibundo, que derribó su casco hecho pedazos, dejándole desnuda la frente.

En tanto Santiago Plugastec, que impetraba el auxilio de la Providencia para su protector, pensó desfallecer por creerle con aquel golpe mal parado; pronto recobró aliento al ver que Duguesclin, irritado con el golpe que había recibido, se lanzó sobre su adversario, y clavando el filo de su hacha en la visera del casco de Cantorbery, lo derribó al suelo, y le pone el pie en el pecho, exclamando:

—¡Ah! sir Tomás Cantorbery, me habeis atentado a lo mas sagrado, a lo que se recomendaba a la lealtad misma de sus enemigos, y ahora va os doy a conocer a todos como un traidor, malsin y cobarde, dispuesto a combatir contra los niños y vasallos indefensos.

Mientras tanto Cantorbery iba a perecer ahogado bajo la aplastada visera de su celada, y los heraldos se dirigieron en su ayuda, para desembarazarle de ella; pero Duguesclin gritó con voz de trueno.

—Fuera todos; nadie se acerque: solo el ultrajado puede hacer merced de la vida.

—Hola, mi buen Santiago, acércate para disponer de la vida de este caballero que ha menospreciado la tregua y durante ella ha matado a tu mujer y tus hijos, incendiado tu cabaña y traído prisionero y cargado de cadenas. Toma mi daga y dale el golpe de gracia, o imponle el rescate que te acomode, que te juro por nuestra santa patrona te lo ha de satisfacer.

—Solo su sangre podría satisfacer la que ha vertido de mi mujer y mis hijos; pero puesto que la suya no puede restituir el aliento de los que la perdieron por su mano, le hago merced de la vida para que los manes de sus víctimas le sigan por do quiera que se oculte, respondió Santiago Plugastec con acento esforzado.

Levantaron en seguida al mal herido caballero, y entre los gritos y los insultos de los espectadores, se alzó una voz, la del duque de Lancastre, que le intimó orden de salir al punto de la liza y tomar el camino de Inglaterra. En seguida mandó reconstruir la casa de Santiago a costa de sir Tomás, y ordenó a sus tropas le respetasen siempre, fueran los que quisieran los sucesos de la guerra.

La casa del honrado Plugastec subsistió hasta dos siglos despues de la muerte del caballero Duguesclin, con esta inscripción en inglés, francés y breton:

BAJO EL AMPARO Y PROTECCION
DEL CABALLERO
BELTRAN DUGUESCLIN.

Tomás Moore, poeta inglés.

Tomás Moore ha muerto en su residencia de Sloperon-Cottage, junto a Devices. Hacia algunos años que el ilustre poeta no vivía ya mas que con la existencia física; y a la manera que en sir Walter Scott y Southey, el cuerpo había sobrevivido al talento.

Nació el 28 de mayo de 1780, en la calle de Angier de Dublin, donde su padre, ferviente católico romano, dirigía una tienda de especiería y de licores. Segun dicen, el joven Moore cuando niño llamaba la atención por su belleza; pero la juventud y la edad viril no cumplieron las promesas de la infancia. Era de estatura baja, con una fisonomía espresiva pero poco feliz, que no obstante, se animaba de un modo sorprendente cuando tomaba parte en una conversacion acalorada o cuando cantaba sus baladas. Se educó en Dublin, adquiriendo precozmente cierta reputacion en los teatros de sociedad; y aunque alumno del colegio de la Trinidad, no pudo

obtener en él ningun grado por su cualidad de católico; pero, sin embargo, se distinguió en él, y una poesía inglesa que presentó en un certamen, en vez de la composicion latina ordinaria, le valió un premio extraordinario, que consistía en el *Viage de Anacharsis*.

Cuando estalló la última rebelion irlandesa en 1798, el futuro poeta se inclinaba naturalmente a la parte de los Emmetts y de los O'Connor; pero sus escritos políticos en prosa y verso, algo violentos, como su hermana observaba, no proporcionaron, sin embargo, cuestion alguna con la justicia al joven y entusiasta campeón de la independencia irlandesa. No obstante, no era solo la política la que inspiraba su musa: a los catorce años de edad publicó varias poesías en una revista de Dublin, y poco tiempo despues compuso para un teatro de sociedad, piezas semi-poéticas y semi-burlescas.

Cuando llegó a la edad de veinte años, renunciando para siempre a las opiniones republicanas, Moore se trasladó a Londres para estudiar la jurisprudencia, y publicar su célebre traducción, o mas bien su *Paráfrasis de Anacreonte*. Como fácilmente se colegirá, cultivaba con mayor asiduidad a los autores griegos que a los juriconsultos, y el permiso que obtuvo por medio del crédito de lord Moira, de dedicar su obra al príncipe-regente, sirvió para introducirle en la sociedad mas elevada. La *Paráfrasis de Anacreonte* tuvo un grande éxito, y fué seguida en 1801 de los *Poemas y cantos de Tomás Little*.

El regente era aficionado a la poesía y protegía a los poetas; así fué que Moore, nombrado escribano del consejo del almirantazgo de las islas Bermudas, partió para trasladarse a su destino, instaló en él un delegado que ejerciera sus funciones, luego pasó a visitar los Estados Unidos, y regresó a la Inglaterra. Entonces fué cuando publicó sus *Bosquejos de viaje y de la sociedad de la otra parte del Atlántico*, obra satírica, en verso heroico, escrita con vigor, pero de escasa inteligencia bajo el punto de vista político. Poco tiempo despues, un artículo muy duro de la *Revista de Edimburgo*, a propósito de una nueva edición de los *Cantos de Tomás Little*, fué la causa del famoso desafío de Tomás Moore y de Jeffrey, en Hampstead; desafío en el cual el famoso crítico escocés, que ha llegado despues a ser lord Jeffrey, dió pruebas de singular sangre fría, como lo atestiguan lord Byron El negocio concluyó por arreglarse, gracias a la mediacion de Rogers; en su casa fué donde Moore conoció poco tiempo despues a By-y Campbell: ocioso nos parece recordar la íntima amistad que unió posteriormente a Byron y Moore. En esta época fué cuando casó con miss Dike, mujer de sumo juicio y de carácter dulce, y tan bella como amable; habiendo experimentado Moore el dolor de sobrevivir a todos los hijos que tuvo de este matrimonio.

Moore publicó luego algunas sátiras políticas que no tuvieron grande éxito. *El tiro Penny Post Bag* (el saco de cartas de la pequeña posta), tuvo por el contrario un suceso enorme, y ha permanecido siendo muy popular, pues es una sátira llena de alegría locuaz. Una parodia, *La media azul*, que hizo representar poco tiempo despues en el teatro del Lyceum, fué silbada.

Luego siguieron las *Meodias irlandesas*, la mas popular tal vez de las obras de Moore. En 1812 le ocurrió la idea de escribir un poema sobre un asunto indiano, y Mr. Pery, propietario del *Morning Chronicle*, lo llevó a casa de los señores Longman, que se comprometieron a pagar por el manuscrito la suma de 5,000 guineas (78,750 francos); pero Moore no ha llegado a escribir un solo verso de este poema. Entonces se retiró a Marfil Cottage, parage casi desierto del condado Derby, de donde despues de tres años de retiro y de trabajo, volvió a aparecer en el mundo para publicar *Lalla Rookh*. El éxito de este poema fué inmenso, y llevó a su apogeo la gloria del autor.

Despues de un viage al Continente, Moore escribió su ingeniosa y popular novela satírica en verso, *Fudge Family*. Al año siguiente encontró en Italia a lord Byron, y entonces fué cuando el autor de *Childe-Harold* confió a su cuidado la publicacion de sus memorias. Moore las vendió al librero Muray por la suma de 2,000 guineas (32,500 francos); pero como sin duda no se habrá olvidado, sobrevinieron dificultades sensibles, y a consecuencia de ellas, Moore devolvió las guineas y recobró é inutilizó el manuscrito. Algunos apuros de dinero, motivados en gran parte por la infidelidad de su apoderado en las islas Bermudas, obligaron en esta época a Moore a refugiarse durante algun tiempo en París, donde se vió festejado por la sociedad, que le complacía en extremo, y allí fué donde compuso sus *Amores de los ángeles*, poema de que se habla aun alguna vez en el día, pero que en general se lee muy poco.

En 1825, Moore pasó algun tiempo en casa de Walter Scott, en Abbotsford, y una noche fueron juntos al teatro de Edimburgo. Su entrada llamó poco la atención del público, porque ésta se hallaba absorbida exclusivamente por la presencia de la duquesa de Saint-Albans, la célebre actriz miss Mellon; pero cuando se les reconoció, recibieron una acogida que ha dejado tan profundos recuerdos en Tomás Moore, que se ha complacido en recordarla en el prefacio de una de sus obras.

En esta época fué cuando Moore se encaminó a establecerse, gracias a su antiguo y noble amigo el marqués de Lansdowne, en Sloperon-Cottage, en donde pasó el resto de su vida y ha exhalado el último suspiro; y asimismo fué allí donde comenzó a ocuparse de trabajos biográficos, escribiendo sucesivamente las *Memorias de lord Edward Fitzgerald*, de lord Byron y de Sheridan. El año anterior había publicado su primer obra en prosa, *El capitán Rock*, cuadro amargo y apasionado del gobierno de Irlanda por la Inglaterra, curioso ejemplo de la violencia a que se dejan llevar todos los irlandeses, aun los mas moderados, como Tomás Moore cuando hablan de su país. Luego publicó los *Viages de un caballero irlandés en busca de una religion*, obra en la cual trata de probar que las doctrinas y prácticas de la Iglesia católica datan de los primeros tiempos del cristianismo. La última obra en prosa de Tomás Moore, y la que mas lectores ha tenido, es el *Epicureo*; y sin embargo, es probable que su buen éxito no sea de aquellos que se sostengan ante la posteridad.

Paz sea dada al poeta. Su vida ha sido dilatada, agradable y feliz. Su genio poético no procedía de una inspiracion profunda y llena de convicción: escribía libros sobre los agravios de Irlanda, y aceptaba destinos de la Inglaterra. Universalmente solicitado y festejado en el mundo, estaba sobre todo

en su elemento cuando se hallaba en casa de los grandes señores de la aristocracia whig.

Su carácter era el de agradar, entretener y escitar a los demás, para que estos se lo retribuiesen entreteniéndole y escitándole a su vez.

Afortunado en casi todas sus empresas literarias, considerado como un hombre de los mas brillantes en la conversacion, a la par de gran poeta; célebre como cantor y como autor de sus baladas; pocos hombres, en una palabra, han tenido una existencia tan completamente en armonía con sus deseos y sus gustos, como Tomás Moore.

—JUAN VII REY DEL BRASIL.—Juan VII, rey del Brasil, era demasiado indulgente; cierto día le presentaban para que firmara la sentencia de muerte de un hombre llamado *Prior de la Misericordia*, a quien se había encontrado bebiendo la sangre de un sacerdote, despues de haber sido indultado por el asesinato de una mujer embarazada; el reo se echó a los pies del monarca pidiéndole perdon.

—No le indultéis, dijo el conde *Dos Arcos*, este miserable ha cometido un crimen horrible.

—¡Uno! replicó el rey, ha cometido dos.

—No señor, uno solo: el segundo es V. M. quien le ha cometido, porque no debió perdonar el primero a tan gran criminal.

El delincuente fué ahorcado, y el conde *Dos Arcos* permaneció en favor.

—ASTRONOMÍA.—El año de 1745 hubo un eclipse de sol total, predicho por el célebre astrónomo Halley, quien mencionaba el tiempo exacto de su principio y de su fin. El embajador turco, entonces en Inglaterra, dijo que los ingleses estaban locos, pues pretendían saber el tiempo preciso en que el Todopoderoso quería oscurecer el sol, una circunstancia que no se había dignado trasmitir *ni aun a los musulmanes*. Sin embargo, verificóse el eclipse precisamente como había sido predicho, y cuando preguntaron al turco lo que pensaba acerca de los ingleses, respondió: «Deben estar forzosamente en inteligencia con el diablo, pues estoy seguro que Dios no ha querido nunca estar en comunicacion con semejante bandada de infieles».

Estadística.—Bibliografía.

DE LA IMPRENTA EN EL SIGLO XV, Y DE LA PROPAGACION DE ESTE ARTE POR LAS VARIAS PARTES DEL MUNDO.

(Conclusion).

Los procedimientos tipográficos admitidos ya en Marruecos, no estuvieron totalmente en uso en la capital del imperio otomano hasta principios del siglo XVIII. Said, hijo de un embajador turco en la corte de Francia, y un renegado húngaro llamado Basmad si-Ibrahim-Efendi, obtuvieron el permiso de introducir una imprenta en el reinado del sultan Ahmed III. El *Kabi-Scherif* (diploma de instalacion), lleva la fecha de 15 zilkad, 1159 (5 de julio de 1777). Pero el arte de Gutenberg, que en la cristiandad se grangeara grandísimo crédito imprimiendo la Biblia y las sagradas escrituras, era en Turquía juzgado indigno de reproducir el Alcorán y todos los tratados canónicos. «Como estos libros sagrados, decían los doctores de la ley, nos han sido trasmitidos manuscritos, deben pasar a la posteridad con los mismos caracteres.» Aquel khabi-scherif encierra no obstante algunos párrafos muy interesantes, y que atestiguan la viva solicitud del soberano por la propagacion de las luces; conviene no echar mano para la imprenta de hombres necios é ignorantes. Como quiera los trabajos de la imprenta de Constantinopla nunca fueron muy activos; de 1727 a 1752, bajo la direccion de Ibrahim, solo publicó diez obras, y entre otras un *Tratado del arte de la guerra*, para el cual facilitó todos los materiales el célebre conde de Bonnebal (1); despues de la muerte de Ibrahim-Efendi, los trabajos de la imprenta de su alteza quedaron abandonados, o a lo menos no volvieron a emprenderse con alguna actividad sino en el reinado del sultan Abdul-Hamid (1774); pero en esta época los caracteres estaban gastados, el papel era malo y la impresion defectuosa. No se hallan aquellos magníficos adornos, aquellas guarniciones del mejor gusto, aquella buena eleccion de papel, que tan preciosas hacían las primeras producciones de la tipografía otomana. Fué preciso fundir nuevos caracteres, reparar las viejas prensas y sacudir el polvo de todo aquel material carcomido. Restaurada de esta suerte la imprenta imperial, empezó a publicar libros de doctrina que los anteriores sultanes prohibieron como peligrosos, excelentes diccionarios, sinónimos árabes y persas, obras sobre geometría, geodesia y geografía, la continuacion de la historia del imperio otomano por Wassif, desde 1752 hasta la paz de Kaynarja. Con todo no fué muy considerable la produccion, porque desde 1727 hasta 1850, es decir, en el espacio de un siglo, solo se cuentan noventa y siete obras salidas de las prensas imperiales.

Por una singular justa-posicion, la civilizacion y la barbarie, lo pasado y lo presente los genizaros y los compositores se hallaban reunidos en un mismo edificio: el nizamedjid y la imprenta todo se albergaba bajo un mismo techo. Cuando la revolucion que destruyó a Selim III, el edificio fué incendiado y destruida la imprenta. Actualmente las prensas de su alteza se hallan establecidas en el centro de la capital en un edificio muy espacioso, primitivamente destinado a los baños públicos. En una sala de muy buenas luces, hay cuatro prensas que han sido llevadas de París; seis cajistas tendidos sobre sofás trabajan en la caja y comunmente dos y a veces cuatro son los prensistas ocupados. Allí se encuentran caracteres persas, árabes y turcos que han sido fundidos en Constantinopla; el papel que se emplea va allá de Trieste. Diccionarios,

(4) El conde de Bonnebal era un baidalgo que dejó la Francia a causa de una impertinencia de Chamillard; entró en el servicio de Austria, en el que su valor le elevó luego al grado de general. Pero habiéndole enagenado su mala cabeza el afecto del emperador, fué enviado a Bruselas en calidad de *feldzeugmeister*. Allí trabó amistad con Juan Jacobo Rousseau, y compusieron juntos canciones injuriosas contra el príncipe Eugenio, lo que obligó al conde de Bonnebal a dejar el servicio de Austria. Entonces fué cuando pasó a Turquía, donde organizó el cuerpo de los bostangis-pachis, se hizo musulmán, urdió mil intrigas y murió de baja en Caramania...

gramáticas y la *Gaceta oficial*, son las producciones mas importantes de aquella imprenta. El gobierno turco hace imprimir muy poco, la prensa no es todavía una palanca muy poderosa en la civilización europea: el único libro popular la sola biblioteca nacional es siempre el alcorán. No obstante el impulso está dado y el movimiento no puede dejar de ser progresivo.

En 1830 hallándose en Constantinopla el sabio historiador de las *Cruzadas*, decía: «Mucho tiempo ha de pasar todavía antes que los partidos de Stambul se sirvan en sus contiendas de lo que llamamos artillería del pensamiento; veinte veces serán incendiados todavía los arrabales de Pera y de Galata antes que la prensa periódica entre para algo en la oposición de los turcos.» Los sucesos han desmentido esta profecía. El día 3 de noviembre de 1851 M. Blanke, antiguo director y fundador del diario de *Smirna*, fundó en Constantinopla el *Monitor otomano* bajo los auspicios de su alteza y del colegio de los ulemas. Este periódico llamado en árabe (pintura de los sucesos), *Zekwimi Wekai*, sale una vez á la semana y está redactado en árabe y en francés, pero ambas redacciones son independientes entre sí: el texto francés no reproduce el texto árabe sino para las noticias oficiales y de interés internacional. Cuando este periódico bilingüe apareció por primera vez, los turcos relusaban creer que pudiese encontrarse solaz en aquella hoja de papel, sobre la que no se veían aves iluminadas ni arabescos realzados de oro. En su habitual indolencia apenas dispensaban una mirada á aquel nuevo agente de las reformas de Mahamud; mas desde luego se invitó á todos los bajás á que se suscribieran por cierto número de ejemplares para los habitantes de su provincia: á mas de esto contenía el texto árabe críticas tan amargas y alabanzas tan lisonjeras para los primeros personajes del imperio, que todos se dieron prisa en arreglar su conducta, según el espíritu de aquella publicación, abandonándose a una alegría loca ó á una profunda tristeza, según que se les mostraba mas hostil ó benévola la *Pintura de los sucesos*. Túvose en seguida mucho cuidado de hacer leer aquella gaceta en alta voz en los parages públicos, cafés, hoteles, paradores y bazares. Los que entendían la lengua escrita, se presentaban á porfía para servir de intérpretes á los demás. En 1840 esta lectura se hacia todavía en alta voz; la explicación de aquellas páginas impresas se escuchaba con el mayor recogimiento y solo era interrumpida por los gritos: ¡Yus Ald! (si Dios lo quiere), *Alá kherim* (Dios es grande).

La imprenta nacional no es la única que en el día existe en Constantinopla: los griegos, armenios y judíos tienen también sus imprentas particulares. La imprenta de los griegos está en el barrio de Fanár; solo consta de dos prensas, dos cajistas y un prensista, no imprime mas que libros de liturgia y circulares y se resiente del estado de decadencia en que han parado los griegos en Constantinopla. Un judío inglés ha planteado también en Galata un establecimiento de bastante consideración, en el cual ha reunido caracteres hebreos, armenios, turcos y árabes. La imprenta de los armenios tiene continuamente tres prensas en actividad: no hace mucho tiempo dió á luz un diccionario armenio y turco lo que anuncia que la tolerancia ha hecho algunos progresos entre los osmanlis; porque por mucho tiempo estuvo vedado á los racjas emplear caracteres turcos en sus impresiones.

Es probable que los primeros ensayos tipográficos hechos en Egipto solo fecha de la expedición de los franceses en 1798. Antes de embarcarse quiso Bonaparte proveerse de todo el material de una imprenta, y no satisfecho con los recursos que le proporcionó la Francia se apoderó en Roma de las imprentas griega y árabe de la Propaganda, llevándose todos los operarios que la servían. Creyendo el bajá de Egipto Mehemet-Ali que debía también obedecer al impulso del siglo, mandó establecer en Boulac una imprenta que se compone de ocho prensas y que posee un rico surtido de caracteres europeos, turcos, árabes y persas, la mayor parte fundidos en París. Las obras salidas de las prensas de Boulac, pasan por impresas con bastante corrección; redúcese en su mayor parte á obras de medicina y de táctica, traducidas de los idiomas de Europa, á gramáticas y á diccionarios: las obras de literatura son en número muy reducido.

No obstante, ni en el Cairo ni en Constantinopla se ven todavía grandes depósitos de obras impresas, siendo tal vez aquellas las únicas ciudades del mundo donde los copistas siguen haciendo frente á la imprenta. En el Bazar de los libros en Constantinopla, abierto actualmente á los europeos, solo se ofrecen á los compradores copias del Alcorán y de tratados religiosos, casi todas religiosas. En el Cairo no hay mas que ocho ó diez tiendas de librería, pero ningún bazar. Aquellos libreros emplean un crecido número de escribientes; algunos son al mismo tiempo libreros y copistas, y lo mismo que en Europa hay también impresores, libreros y editores. El bajá les ha obligado á proporcionarse las ediciones de Boulac, pero las espandan con repugnancia. Al entrar en una librería turca ó egipcia, no se ve libro alguno de muestra; si pedis una obra irán á buscarla á un armario donde la tienen cuidadosamente guardada. Pero todos aquellos manuscritos están ejecutados toscamente, hallanse cuajados de faltas, y no son mas que el pálido reflejo de las obras maestras de los calígrafos del Bajo Imperio.

Con todo, así que se entra en el bazar de los libros de Constantinopla, pensaré cualquiera hallarse dentro de un arca santa; tanto es el celo y atención que ponen los copistas en llenar su tarea. En todas aquellas espaciosas salas reina un profundo silencio: la luz se halla hábilmente distribuida, y cada artista parece enteramente absorbido en su trabajo. Los unos copian, los otros iluminan, algunos con el auxilio de un jasje cortante, pulen el pergamino y le dan lustre; pero todo esto se verifica con tanta calma y acción, que se les creyera ocupados en rezar. Los calígrafos de Constantinopla no se sirven de mesa para escribir, sus rodillas ó la mano izquierda, hacen para ellos las veces de escritorio: al escribir no mueven los dedos, sino que hacen resbalar el papel debajo de la pluma según los contornos que quieren trazar. Los arabescos, espirales y trazos mas delicados, nunca se ejecutan á pluma. Sus plumas son hechas de una caña que crece en los pantanos formados por el Tigris y el Eufrates. Los roncales las sacaban de Bido y de las inmediaciones del Lago Asiático. Cortada la caña se la quita el corazón hasta que no quede mas que una corteza delgada, lisa y elástica, la cual corre fácilmente sobre el papel pulido de antemano con una moleta de cristal y polvos de jabón. Para escribir

bien sobre aquel papel, preparado de este modo, los artistas orientales se sirven de una especie de tinta crasa y espesa compuesta de agallas y negro de imprenta desleído en un aceite desecante. Con todos estos procedimientos incómodos y lentos, pretenden los osmanlis luchar contra la imprenta; pero cada día va ganándose terreno la tipografía, y se verán precisados tarde ó temprano á aceptarla de una manera absoluta como aceptan en el día la intervención de la Europa en todas sus divisiones intestinas.

Mas no se crea que la imprenta se difunde tan solo por los confines del Asia y del Africa, pues con la conquista de los ingleses en la India, va penetrando por todos los puntos de aquel vasto continente. En 1778, una gramática inglesa inauguró las prensas de la ciudad de Hacgly. Actualmente, no solo las capitales de las presidencias, sino también un gran número de ciudades de segundo orden, tienen sus imprentas y publican libros y periódicos en inglés ó en los diversos dialectos de la India. Bajo la influencia de la Inglaterra y principalmente de las sociedades bíblicas, ha penetrado la imprenta en los reinos de Siam y de los Birmanes, en Ceylan, en el Archipiélago de las Islas Sandswick, en Oromunietz, en Persia y en Beyrut de Siria, que acababa de ser tan inhumanamente destruida. La Grecia, la Armenia, la Nueva Gales del Sur, la tierra de Van-Diemenn, Singapore en la península de Malaca, Java, Madagascar y todas las colonias de las naciones de Europa tienen sus imprentas. Este es un poder que va engrandeciéndose de un año en otro, que ninguna fuerza humana es capaz de detener ni destruir, y que un día acabará por dominar al mundo, «porque la imprenta, según la expresión de un religioso del siglo XV, partidario celoso de este arte, es el verdadero órgano del Espíritu Santo; por medio de ella, como por el beneficio de las lenguas, se hermanarán entre sí las naciones, y la verdad penetrará en su seno.» Nunca predicción se ha realizado con mas exactitud. Los gobiernos, por enemigos que sean de las luces, y los pueblos, por densas que sean las nubes que cubren su inteligencia, no pueden prescindir de la imprenta. Los indios Cherokees de la América del Norte, y los deportados de Botani-Bay, la han admitido como elemento de su publicación, y la China, tan celosa de su aislamiento y que procura sustraerse al contacto de los demás pueblos, se ha visto precisada á adoptar la imprenta para bastarse á sí misma, sin pensar que este arte está por su esencia destinado á revelar á los extranjeros cuanto quiere tener en secreto. Probemos antes de terminar este artículo por dar á conocer la época en que esta invención fué puesta en uso en la China, y los procedimientos de que se vale para satisfacer lo mas barato posible las necesidades del consumo.

Los chinos, que han precedido á todas las demás naciones del Occidente en la practica de casi todas las artes, tenían imprenta desde el principio del siglo XIII de nuestra era: y á pesar de que después de haber sido descubierta entre nosotros no hayan modificado sensiblemente sus procedimientos, los resultados que obtienen son infinitamente superiores á los nuestros. El alto aprecio con que en todos tiempos han mirado los chinos las tareas literarias, debía llevarlos necesariamente á buscar los medios de hacer que el precio de los libros fuese accesible al mayor número de lectores: tal ha sido desde el principio el objeto de sus esfuerzos, y no han tardado en conseguirlo. Con un precio de la mano de obra sumamente bajo, y la sencillez de sus procedimientos, ha podido realizar todas las condiciones de bondad y baratura. En honor del enorme y costoso material de nuestras imprentas, los chinos solo tienen un reducido número de instrumentos cuyo valor es insignificante: dos cepillos le sirven de prensa y algunas láminas de madera de peral son todos sus talleres de composición.

El alfabeto europeo consiste en algunas letras cuyas combinaciones infinitas sirven para expresar en varios idiomas todas las ideas que puede concebir el entendimiento humano. Entre los chinos al contrario, cada palabra está representada por un signo distinto. Las veinte y siete letras de nuestro alfabeto están colocadas en cajetines separados al alcance del cajista, el cual toma de allí todas las que le son necesarias para reproducir las palabras y frases que lee en el original. En la China sería necesario que el cajista reuniera las facultades de Briarreo y de Argos, para alcanzar los ciento treinta y siete mil caracteres que forman la base de la lengua china, todos mas ó menos susceptibles de modificaciones. En lugar, pues, de tipos móviles, los chinos solo emplean para las obras de literatura y de filosofía, planchas ó láminas de madera, sobre las cuales han grabado los signos que componen cada página. La madera de que se sirven los chinos para sus planchas es el peral, que llaman *limon*. La plancha de madera, de un espesor proporcionado á la fuerza que debe hacer, es cortada del grandor de dos páginas, y cuidadosamente cepillada; frótase en seguida con una pasta de arroz cocido, la que la ablanda extraordinariamente y la dispone para recibir la marca de los caracteres. Las páginas que de antemano han sido trazadas por un hábil amanuense sobre un papel delgado, se aplican en seguida sobre la lámina húmeda todavía de engrudo, y ésta absorbe toda la tinta de los caracteres, conservando al mismo tiempo los contornos, de suerte que el grabador no tiene mas que hacer que vaciar los blancos que han quedado para que solo las letras formen relieve. Corrígense los errores metiendo unos pedacitos de madera en la plancha; pero se hace tan pronto el grabado, y se hace tan poco costosa la mano de obra, que generalmente se prefiere cepillar la lámina y volver á comenzar. Cuando pierde su pureza el contorno de las letras, las retoca el grabador, y después de esta operación todavía pueden servir para un tirado considerable. Para las obras de que no han de tirarse muchos ejemplares, échase mano, en lugar de planchas de madera, de una composición de cera y resina sobre la cual se forman las letras con mas facilidad.

De este modo se imprime un periódico diario en Canton. Por lo demás, á fin de dar una idea de la baratura del grabado en la China, referiremos algunos hechos bastante curiosos. En 1816, queriendo los misioneros de la Ciudad Bíblica publicar en Canton un Nuevo Testamento en lengua china, los grabadores de aquella ciudad les pidieron 40 libras esterlinas (1,000 rs.) para labrar sobre planchas de madera los diez mil signos necesarios para la reproducción de aquella obra. Mas recientemente aun. Mr. Estanislao Julien, sabio sinólogo y profesor de chino en la Biblioteca Real de Francia, había propuesto á algunos hábiles grabadores de París la eje-

cución en madera de noventa mil caracteres que necesitaban para la publicación de aquella obra; aquellos artistas le exigieron por aquel trabajo 270,000 francos. Aterrado Mr. Julien por tan enorme gasto, escribió á la China donde trabajaron con la mayor limpieza los noventa mil caracteres que pedía, sin costarle, llevados á París mas que 5,500 francos.

Examinemos ahora el procedimiento empleado por los chinos para la impresión: el operario que entre nosotros hace el oficio de prensista, está armado de dos cepillos, con el uno reparte la tinta sobre la lámina, y el otro le sirve para baer que el papel humedecido se pegue á los caracteres empapados de tinta frotando ligeramente el revés del papel. Los operarios ejecutan esta faena con tal presteza, que uno solo puede tirar en un día hasta 2,000 ejemplares. No se imprime mas que una cara del papel á causa de su gran transparencia. Cuando se trata de formar volúmenes, cada hoja impresa, que consta de dos páginas, se dobla por detrás, de modo que las caras no impresas se hallan encontradas en la parte de adentro, y el pliegue de la hoja forma el canto del libro. Las dos estremidades opuestas toman la parte del fondo y desaparecen bajo la costura, de suerte que quien no conociera aquel procedimiento, pudiera con facilidad tomar un libro tipo chino por no igualado ó intenso.

«No hay en Europa, dice Mr. Aber Remocat, una nación donde se encuentren mas libros baratos ni tan bien hechos ni cómodos para consultar como en la China.» Ningún impuesto grava la literatura, y pueden comprarse tres ó cuatro volúmenes de una obra en octavo regular por una suma equivalente á 10 rs. En el catálogo manuscrito de un librero de Canton, los cuatro libros de Confucio, comprendidos los comentarios, estaban tasados en 15 rs. vn. Los diccionarios, enciclopedias, descripciones estadísticas, los tratados de tecnología, los códigos, obras filosóficas, en una palabra, todos los libros que sirven para facilitar la instrucción, se hallan muy difundidos en la China, y el mismo gobierno favorece por todos los medios esta clase de publicaciones. Así es que en 1775 el emperador Kienlong dispuso la impresión de una biblioteca general compuesta de los libros mas estimados en la China; biblioteca que, según el decreto de aquel príncipe, debe componerse de ciento sesenta mil volúmenes; esta extensa colección formará cuatro bibliotecas llamadas *Los Cuatro Tesoros*. La impresión de esta colección gigantesca, no estaba aun terminada en 1837: sesenta años después de haberse puesto en ejecución el derecho imperial. En 1818 no constaba mas que de 78,627 volúmenes: este es sin contradicción uno de los mas asombrosos fenómenos bibliográficos conocidos. Ninguna colección de Europa, ni las de los benedictinos, ni las de los volandistas, pudieran igualar á la de *Los Cuatro Tesoros*, cuyo catálogo incompleto ponemos á continuación, por considerarlo un documento del mayor interés, ya por los guarismos, ya como muestra de la literatura china.

	Número de volúmenes.
OBRAS CLÁSICAS Ó SAGRADAS.	
El libro de las Variaciones (F. King).	1,750
El libro de los Anales (Eliou King).	661
El libro de los Cantos (Chi-King).	991
El libro de los Usos y Costumbres (Liking).	2,168
La Crónica del reino de Lou.	1,818
El libro de la Piedad Filial (Kiao-King).	17
Obras relativas á la interpretación del King.	717
LOS CUATRO LIBROS CLÁSICOS.	
La Gran Doctrina.	757
Invariable Milicia.	
Las Conversaciones de Confucio.	
El Filósofo Mena-Tsen.	
Obras sobre la Música.	482
Libros Elementales.	915
OBRAS HISTÓRICAS.	
Colección de historias de todas las dinastías.	5,681
Anales según el orden cronológico.	2,066
Historias generales.	1,205
Historias particulares.	1,485
Colección de decretos imperiales.	1,474
Biografías.	999
Documentos históricos.	18
Descripción de distritos particulares.	589
Cronología.	29
Geografía, relaciones de viajes, descripción de países extranjeros.	4,788
Administración y gobierno.	592
Instituciones políticas, leyes y edictos.	5,783
Bibliografía e inscripciones.	700
Críticas de historias particulares.	258
RELIGION, FILOSOFÍA, LITERATURA Y CIENCIAS.	
Filósofos de la escuela de Confucio.	1,694
Ciencia militar.	135
Jurisprudencia.	54
Agricultura.	195
Medicina.	1,815
Astronomía y aritmética.	645
Física, fisiognomía y astrología.	452
Pintura, música, imprenta y baile.	1,658
Historia natural y dialéctica.	562
Misceláneas.	9,200
Escritos de orden inferior, tales como cuentos e historias maravillosas.	1,558
Obras fúlicas.	52
Obras de la secta de Taose.	442
Poemas de diversos géneros y colecciones literarias.	28,998

MELLADO.

Establecimiento tipográfico, calle de Santa Teresa, número 8.